

Madre, me favorezcáis en el amargo paso de la muerte, librándome del encuentro de los demonios y asistiéndome de guarda y guía con vuestra Santísima Madre, y recibiendo mi alma en brazos de vuestro amparo, la pongáis salva en la gloria, donde os alabe por todos los siglos de los siglos. Amen.



VISITA

DE LOS CINCO SAGRARIOS,

Ó SANTOS SEPULCROS

PARA EL VIERNES SANTO.

VISITA PRIMERA.

Se adora á Jesus Sacramentado encerrado en el santo sepulcro, interiormente con un corazon contrito y humillado, y exteriormente con devocion y recogimiento. Hecha la breve adoracion, penetrado del espiritu de fe viva y verdadera religion, hágase uno á sí mismo esta pregunta :

¿Quién es el que está en este sepulcro?

1. Alma mia, tú lo sabes bien : tu Redentor amoroso, el Hijo de Dios hecho Hombre, Cristo Jesus. ¡Ah! Si, él está encerrado en este sepulcro... El sufrió primero una pasion dolorosa, y despues espiró sobre una cruz en medio de mil insultos y de mil dolores. Su santísimo cuerpo fué puesto en un sepulcro, y tú misma estás aquí presente para visitarlo. ¡Ah! Considera que solo el

amor inmenso que te tenia, lo ha reducido á este estado.

2. Sí, él, tu Jesus, sufrió una pasion dolorosísima antes de que su cuerpo fuese colocado en este sepulcro. Él la comenzó desde el huerto de Gethsemaní, reduciéndose á una tristeza y agonía mortales, sudando allí, en mucha abundancia, sangre, sacada á viva fuerza de sus venas, y salida de los poros de su inocentísima carne por el horror y espanto de su inminente pasion. ¡Ah! Reflexiona, alma mia, que él entonces pensaba en tí, y le afligia muchísimo el prever que tú le habias de corresponder con tanta ingratitud é infidelidad.

3. ¿Y puedes, alma mia, mirar con frialdad é indiferencia este sepulcro, sin embargo de saber que dentro de él está depositado el sacratísimo cuerpo de tu divino Redentor, el cual por amor á tí, y por salvarte derramó primero tanta sangre en el huerto, y despues en el discurso de su pasion, hasta quedarle vacías las venas? ¡Ah! Fija los ojos en este sepulcro; y llena de confusion confiesa tu dureza é ingratitud, y detestando tus pecados, pídele misericórdia y perdon.

Récense devotamente tres Padre nuestros y Ave Marias, en memoria de la pasion, muerte y sepultura de nuestro divino Redentor Jesucristo, y despues se hará mas bien con el corazon que con las palabras el siguiente

COLOQUIO.

¡Oh Redentor mio amorosísimo! ¿Está aquí, pues, aquel vuestro divino cuerpo, que tanto ha sufrido por mí, que hecho presa de agonías mortales antes de morir, postrado en tierra derramó á torrentes vivo sudor de sangre? ¿Y yo, reo de tantos pecados y de tantas enormidades estaba presente á vuestro pensamiento, y por este motivo la vista de vuestra inminente pasion se os hacia mas acerba y dolorosa? Yo adoro profundamente á este cuerpo santísimo, é imploro, por los méritos de esta sangre derramada, la misericórdia y el perdon de mis muchas iniquidades. ¡Oh sangre preciosísima de mi Jesus, lavad mi alma! Aquí junto á este santo sepulcro quede mi corazon lleno de contricion y de arrepentimiento, resuelto mas que nunca á sufrir primero la muerte que volver al pecado, y á cometer ofensa contra vos, Jesus mio.

Adórese nuevamente á Jesus Sacramentado, y despues sálgase de la Iglesia y váyase con recogimiento á la otra visita. Sigase este mismo método en todas las demas.

VISITA SEGUNDA.

Adórese al Señor Sacramentado como en la primera visita. Recogiéndose en el mejor modo posible, haga alguna reflexion sobre esta pregunta.

¿Quién es el que está en este sepulcro?

1. ¡Ah! Lo sé bien. Está encerrado en este sepulcro mi adorable Salvador. Pero ¡ay de mí! ¡A qué estado está reducido su divino cuerpo! ¡Qué llagado se halla y despedazado de mil maneras por aquellos bárbaros azotes, que pocas horas antes causaron en él un estrago sangriento! ¡Oh alma mía! qué caro costaron á tu Redentor tus muchas perversas satisfacciones, y aquellos tus pecados, por los cuales se encargó de aplacar á la divina justicia! Piensa cuantas llagas has abierto en aquel cuerpo santísimo, que á lo presente adoras encerrado en este sepulcro!

2. ¡Qué injusticia! ¡Qué crueldad! Conoció Pilato la inocencia de Jesus Nazareno, y sin embargo mandó que lo azotaran. ¡Oh, con cuánto exceso se ejecutaron órdenes tan inhumanas! ¡Oh mansísimo Cordero! No abristeis la boca para pronunciar ni un lamento: sufristeis toda la furiosa tempestad de golpes que se descargó sobre vuestro inocentísimo cuerpo. No hay duda que fueron muy bárbaros aquellos verdugos ejecutores de tal carnicería; pero tú tambien, alma mía, tuviste parte en su

crueldad, porque tus muchos pecados fueron causa de un ejemplar tan atroz.

3. Aunque es verdad que visitas ahora el sepulcro, en que está el sagrado cuerpo de tu Redentor exangüe por tus pecados; con todo, alma mía, él es todavía todo amor y misericordia para tí, si postrada aquí detestas sinceramente tus culpas, é imploras los méritos infinitos de aquella misma sangre que hiciste derramar con aquellos azotes tan crueles. ¿Y puedes permanecer todavía indecisa? ¿Y puedes no rendirte á los llamamientos de la gracia? ¡Ah! no. Si este sepulcro te reprende tu iniquidad, la misma gracia te llama al arrepentimiento, y te asegura el perdón.

Récense los tres Padre nuestros y Ave Marias, como en la primera visita, y despues el siguiente

COLOQUIO.

¡Amabilísimo Redentor mio! ¡A qué estado, pues, han reducido vuestro inocentísimo cuerpo mis grandes pecados! ¡Ah! ¡Qué tantas heridas y tantas llagas son tambien obra mia, habiéndo concurrido con mis iniquidades á vuestros bárbaros azotes! En cada uno de ellos os acordábais de mí; y yo pecador estaba presente á vuestro pensamiento. Y sabiendo todo esto, ¿cómo puedo mirar con indiferencia este sepulcro que encierra un cuerpo tan despedazado por mí y por mi beneficio? ¡Ah! Amoroso Salvador, no permitas que me se-

pare de este santo sepulcro sin haber primero despedazado mi corazón con la contrición mas sincera. ¡Ah! sí, aquí dejo el horrendo número de mis culpas, y de aquí me separo resuelto con vuestra gracia á morir antes que volver á cometer el pecado.

Adórese nuevamente á Jesus Sacramentado como en la visita primera.

VISITA TERCERA.

Hágase la acostumbrada adoracion al Santísimo Sacramento : procúrese despues recogerse cuanto se pueda, y reflexiónese con cuidado en esta pregunta.

¿ Quien es el que está en este sepulcro ?

I. Aquí está tu Redentor adorable. ¡Ah! vuelve, alma mia, con tu imaginacion una mirada á su cabeza sacrosanta, y vedla agujereada en cien partes, pues sobre ella se puso y apretó una corona de agudísimas espinas ¡Ay de mí, qué dolor tan acerbo sufrió el paciente Señor, y cuanta sangre viva venia á llover de sus santísimas sienes! Pilato no mandó semejante coronacion; sino que fué una bárbara invencion de aquellos crueles verdugos: invencion muchas veces renovada en Jesus por tus pecados, especialmente de pensamiento. ¿Y no los detestaré alguna vez? ¿Los continuaré cometiendo en lo sucesivo?

2. Esta corona de espinas no fué solamente instrumento de un dolor atroz, sino tambien de burla y de grande ignominia; porque por medio de él se pretendió saludar á Jesus Nazareno como Rey de los judíos. Una corona de espinas; he aquí la diadema que se le puso en la cabeza: un vil pedazo de caña; he aquí el cetro que se le puso en las manos. Y de este modo el verdadero Rey de la gloria viene á ser objeto de escarnios y de irrisiones; pero ¡cuánta parte he tenido en estas irrisiones y escarnios; Jesus mío ¡ojalá no fuese así!

3. Al sufrir esta dolorosa igualmente que ignominiosa coronacion de espinas, vuela, alma mia, á tu Redentor, que estás adorando en el santo sepulcro, vuela á satisfacer á la divina Magestad que has ofendido con tus muchas irreverencias, especialmente delante de tu Señor Sacramentado, y que has ofendido tambien con tantos malos pensamientos, que has hecho el objeto de tu voluntaria complacencia, por la que tambien concurriste á apretar sobre aquella divina cabeza la corona de espinas, y á burlar con impío insulto á tu mismo Salvador. ¡Ay! Lloro y detesta tus culpas al pie de su sepulcro, y por aquella sangre que salió en tanta abundancia de las heridas de aquellas espinas, implora con confianza la misericordia y el perdón.

Récense los tres Padre nuestros y Ave Marias, como en la primera visita, y despues el siguiente

COLOQUIO.

Redentor mio amorosísimo; mientras que os adoro encerrado en este santo sepulcro, estoy cubierto de rubor, y al mismo tiempo de confusion, porque tambien yo tuve parte en el gran tormento que sufristeis poco hace, cuando se os puso en la cabeza la dolorosa corona de espinas. Jamas en lo de adelante abrigaré ideas de orgullo ni de soberbia: jamas detendré mis pensamientos sobre objetos que lisonjeen mis pasiones. Esto os prometo, Jesus mio, y espero cumplirlo ayudado de vuestra gracia. En tanto, postrado aqui delante de vos, intento adoraros, daros gracias y suplicaros. Esta adoracion compense los insultos que os hicieron al coronaros la cabeza de espinas. Estas gracias os sean dadas por aquel amor infinito, que os hizo padecer tanto por mí. Esta súplica, en fin, alcance de vos, Jesus mio, el perdon de mis iniquidades, por los méritos infinitos de aquella preciosísima sangre que salió de vuestra herida cabeza. Así sea.

Adórese nuevamente á Jesus Sacramentado como en la primera visita.

VISITA CUARTA.

Adórese al Santísimo Sacramento como se ha dicho: recojase del mejor modo posible, y reflexiónese despues en esta pregunta.

¿Quién es el que está en este Sepulcro?

1. Está encerrado aquel cuerpo santísimo de Jesucristo, que fué puesto por mí en la cruz para salvarme. Él tiene todavía abiertas las llagas en las manos y en los pies, atravesados con durisimos clavos. ¡O cuántas heridas! ¡Qué despedazamiento se hizo de la carne, de los músculos y de los nervios de aquellas manos y aquellos pies adorables! ¡Pacientísimo Redentor mio, qué pena, qué espasmo toleraste estando vuestro cuerpo pendiente de la cruz, atravesado con aquellos clavos que os tenían herido! ¿Y no muero yo de dolor al pie de este sepulcro que os encierra, cuando con tantos indignos y abominables pecados he renovado, no una sino mil veces vuestra crucifixion en las manos y en los pies!

2. Alma mia, este cuerpo de tu Jesus crucificado ahora difunto, está encerrado en este sepulcro. Con tu imaginacion penetrada de viva fé mira muchas veces en sus manos y en sus pies abiertas todavía las llagas dolorosísimas. Veelas, confúndete, y postrada en espíritu de contricion, ven á sepultarte dentro de ellas. No puede haber mejor lugar para que seas lavada de tantos pecados cometidos por pensamientos, palabras, obras, y por omision, y para que la divina justicia no se vuelva á acordar de ellos jamas.

3. La Magdalena llorosa no podia apartarse de la cruz, y estuvo abrazada de ella, hasta que por ella misma fué depuesto el divino Redentor. ¡Ah! Yo tampoco debería separarme de este se-

pulcro, en donde está el cuerpo de mi amabilísimo Jesus crucificado por mí. Ya que me es preciso abandonarlo, ¡ah! dejo aquí á lo menos mi corazón; pero arrepentido, y penetrado de un verdadero sentimiento de dolor y de contrición.

Récense los tres Padre nuestros y Ave Marias, como en la primera visita, y despues el siguiente

COLOQUIO.

Crucificado Redentor mio, á quien adoro encerrado en este santo sepulcro : aquí estoy á vuestros pies; ¿pero cómo tengo corazón para comparecer en vuestra presencia con un delito tan enorme cometido por mí, y con las manos manchadas con vuestra preciosísima sangre, por haber renovado tantas veces vuestra crucifixion con mis pecados? ¡Ah! ¡no puedo negar el exceso cometido : la vista de mis culpas la tengo siempre delante de mis ojos! Pero estoy arrepentido, estoy compungido y resuelto á no cometerlas jamas. ¡Ah! cuanto desesperaria del perdon si no confiase en vos, Jesus mio, que antes de morir en la cruz lo pediste tambien por mí á vuestro Eterno Padre. Escondedme entre tanto en vuestras llagas. Ellas sean mi refugio, especialmente en tiempo de las tentaciones : en ellas, Jesus mio, quiero vivir, y en ellas os pido morir como vuestro fiel discípulo. Amen.

Adórese nuevamente á Jesus Sacramentado como en la primera visita, etc.

VISITA QUINTA.

Hágase el acostumbrado acto de adoracion al Santísimo Sacramento, y recogíendose cuanto sea posible, hágase con sentimiento de fé viva esta pregunta.

¿Quién es el que está en este sepulcro?

1. Alma mia, aquí está el cuerpo de tu Salvador, el cual despues de haber sufrido tres horas de penosísima agonía pendiente de la cruz, en medio de una total desolacion en el espíritu, y de indecibles padecimientos en todo el cuerpo; finalmente, inclinada la cabeza murió. ¡Oh Dios! Jesus murió por tí, alma mia, para borrar tus pecados y para salvarte. ¿Y puedes mirar este sepulcro que lo encierra sin sentir una grande conmocion al reflexionar que tus pecados han sido la causa fatal de su muerte?

2. ¡A cuantas reflexiones da lugar aquella llaga abierta en el costado de tu Redentor! Ya él habia muerto; ya la divina justicia se daba por satisfecha con tal muerte; ya el mundo era salvo : pues ¿porqué despues de su muerte una cruda lanzada le abrió una llaga en el costado? Llaga que verdaderamente no le causó dolor; pero que fué ciertamente llaga de amor. Adora entre tanto, alma mia, adora este costado abierto, ve tan grande herida, y penetra en ella con tu consideracion; pero agradecida y comprimida de dolor.

3. Esta llaga abierta en el costado de Jesus, fué una llaga de amor, porque quiso que fuese un refugio y un seguro asilo para las almas de los fieles. Pero ¿qué almas entrarán en él? ¿Por ventura solo las inocentes, ó las almas sin mancha? ¡Ah! esta llaga santísima está abierta tambien á los pobres pecadores, con tal de que esten verdaderamente contritos y detesten sus pecados con el dolor mas sincero. Alma mia, ¿qué consuelo para tí! ¡Ah! Si tú estás verdaderamente arrepentida busca tambien un refugio en esta llaga, y te será concedido.

Récense los tres Padre nuestros y Ave Marias, como en la primera visita, y despues dígase el siguiente

COLOQUIO.

Al consideraros, amabilísimo Salvador mio, primero crucificado, despues muerto en la cruz, herido en vuestro costado, y al fin sepultado, tiemblo de pies á cabeza al reconocer la obra indigna de mis grandes pecados. ¡Ah! mi amado Redentor, aceptad ahora mi sincero arrepentimiento, por el que postrado delante de este santo sepulcro, detesto de corazon todas mis culpas y todas mis iniquidades. Estoy resuelto por lo mismo á comenzar una vida nueva, y así lo prometo firmemente; por otra parte, imploro de vos, Jesus mio, la gracia singularísima de poderme esconder y refugiar

dentro de la llaga de vuestro santísimo costado. En ella quiero encontrar un asilo seguro en la vida y en la muerte; en ella quiero encontrar fortaleza para resistir á las tentaciones; en ella quiero encontrar paz y auxilio en todas las vicisitudes humanas; en ella, en fin, me vendrá á encontrar la muerte; y saliendo mi alma de vuestro amorosísimo costado, pasará á vuestro divino tribunal, para conseguir, como espero, una sentencia de eterna bendicion. Amen.

Adórese nuevamente á Jesus Sacramentado, como en la primera visita, y concluida esta retírese cada uno á su casa; pero antes de esto, os suplico digais dos palabras, mas bien con el corazon que con la expresion de la lengua, á Maria Santísima. Consolad á esta Madre la mas adolorida entre todas las madres, y entre todas las amantes la mas desolada por la pasion y muerte de su Unigénito Hijo Jesus: rogadla que os alcance de su divino Hijo, que se adora en este sepulcro, el perdon de vuestros pecados, la perseverancia en la virtud, y en fin, el paraíso. Así sea.

CONSUELO

A MARÍA SANTÍSIMA DE LOS DOLORES.

Os convido, devotos cristianos, á acompañar á Maria Santísima en sus dolores despues de la muerte de su Santísimo Hijo Jesus. Os suplico que

desde las tres de la tarde del Viernes Santo hasta las diez de la mañana del Sábado de Gloria, os dediqueis á consolar á esta adoloridísima Madre por el espacio de una hora, ó á lo menos media, empleando este tiempo en devotos afectos y meditacion, ó en rezar la corona de sus siete dolores, ú otras preces en su honor, acomodadas á su desolacion. Para que os estimuleis á tan piadosa devocion, os anuncio, que el Santísimo Padre Pio VII en sus dos Breves de 15 de febrero y 21 de marzo de 1815 (que originales se conservan en la secretaría del Vicariato de Roma), concedió á todos los fieles cristianos que empleasen una hora, ó á lo menos media, en el referido devoto ejercicio, ó en público ó privadamente, indulgencia plenaria que se ha de conseguir en aquel dia, en que confesándose y comulgando cumplieren con el precepto pascual. En los otros viernes de todo el año, practicando la referida devocion, como arriba, desde las tres de la tarde hasta la alba del siguiente Domingo, concedió trescientos dias de indulgencia; y haciéndola todas las semanas, indulgencia plenaria, confesando y comulgando en uno de los últimos dias de la dicha devocion en cada mes. Todas las referidas indulgencias se pueden tambien aplicar á las benditas Almas del Purgatorio; y el mismo Pio VII las confirmó perpetuamente por el órgano de la sagrada Congregacion de Indulgencias el dia 18 de junio de 1822.
